

La autoridad de los padres sobre los hijos que manifiestan vocación religiosa

P. Lic. Gonzalo Gelonch, IVE

INTRODUCCIÓN

Nos toca hablar de un tema sencillo y simple; aunque difícil de asimilar por todos¹, ya sea por el afecto que podemos tenerle a los hijos o porque el liberalismo que nos acosa el alma desde nuestra infancia nos enseña cosas contrarias a la razón y la fe. Este tema es filosófico y de fe; por eso su comprensión y asimilación depende de nuestra madurez cristiana... Soy consciente de estar en la boca del león...

Hablo esto pensando en los papás que «tienen en sus manos» hijos con una vocación divina y en los sacerdotes que deben aconsejar a los padres de los chicos.

Dificultad

Para mí el tema no es tan difícil por dos motivos: yo he sentido el llamado divino y sé que eso me obliga más que el amor familiar; pero además, al ser ya religioso y haber hecho los votos me encuentro menos afectado y mi compromiso con la verdad es más puro.

Para los padres de familia el tema es difícil de asimilar; ya que, *en primer lugar*, el principio está muy dejado de lado y contradicho por el **liberalismo** que nos enseña, sin darnos fundamento alguno, que no estamos en deuda con nadie fuera de

¹ Como es fácil entender que hay que perdonar siempre; pero es difícil cumplirlo siempre.

mi familia e incluso dentro de ella, que nadie ha hecho nada por mí, para que yo le deba mi vida, dada en obediencia y servicio. *En segundo lugar*, es **difícil de madurar**, de llevar a la práctica. Hace poco una mamá de un menor me dijo: «Entregué a mi hijo de 11 años apenas él me manifestó la Voluntad de Dios; pero primero por temor de Dios: por no ponerme en contra de Dios; recién ahora lo estoy entregando por amor a Dios». ¿Podría yo acusar a esa mamá de no entender que Dios le dio los hijos en préstamo, para que los eduque y se los entregue luego? No creo. Ella lo sabe; pero le cuesta adaptarse a la Verdad... incluso es heroica en cumplir primero y luego madurar la decisión.

Plan

Primero, entonces, hablo como hijo que posee la experiencia de su familia y presento el problema y su solución, y luego hablo como Padre, respondiendo a la cuestión con la doctrina de la Iglesia.

Mi experiencia

Desde que era seminarista menor quise ir a mis padres –e incluso al sacerdote que me ayudó a entrar– y agradecerles todo lo que han hecho por mi felicidad de hijo de Dios. Lo hice muchas veces y de muchos modos; pero nunca nadie me entendió totalmente ni me tomó tan en serio como yo quería. Alegaban no saber bien de qué les hablaba. Otros –el P. Miguel Ángel Regueiro, por ejemplo– me decían: «las gracias, a Dios». Yo estimaba que esos dones me habían ayudado a mi vocación y ellos decían: «no sé bien de qué me hablás».

Esto es una muestra simple de una gran **verdad: la vocación de los hijos es un don y una obra maestra de Dios solo, aunque use instrumentos**. El caso es que los instrumentos, en algunos casos, ni siquiera sabían qué obra fue hecha ni que fue

hecha por su intermedio; otros sabían bien todo, pero reconocían que la obra es de Dios.

Hace poco encontré en **el libro de mi papá** *Que ni la muerte nos separe*, escrito como una historia de la acción divina en el alma de mi mamá fallecida hace un año y un mes, la explicación de esa verdad. Dice, poniendo al principio:

No sé si la dificultad para gestarlos y traerlos a la vida le hizo entender que **los hijos son de Dios** antes que de los padres. El Señor le concedió, después de perder siete antes de nacer, no ver la muerte de ninguno de los que alcanzó a dar a luz. Y en el agradecimiento a la generosidad divina, estaba la conciencia de la gratuidad del don: cada hijo es un proyecto de Dios que **los padres apenas podemos secundar**.

Lilia nunca fue una madre posesiva, a diferencia de esas mujeres que, por las dificultades para concebir o gestar normalmente, se empeñan en tener un «hijo para ellas», y se creen dueñas de un hijo «comprado», con dolores o con dinero; pensado como una cosa, continuación del propio proyecto, sobre el cual **tienen una especie de derecho de propiedad** sin deberes correlativos. **Lilia siempre supo claramente que los hijos eran de Dios, confiados a nosotros para cuidarlos y ayudarlos a crecer. Y otro regalo de Dios y de los hijos, respuesta al respeto por la legítima libertad de ellos, ha sido el buen uso que todos ellos han hecho de esa libertad².**

² E. GELONCH VILLARINO, *Que ni la muerte nos separe*, Córdoba 2012, 148.

Pero conviene agregar otro texto para que se entienda:

Pero aclaremos **la noción de libertad** conforme a la que actuábamos: la libertad verdadera es la respuesta voluntaria y fiel al designio de Dios para uno, la respuesta a la vocación, la aceptación colaboradora del llamado de Dios a una misión. En ese diálogo entre Dios y el alma, nadie puede interferir, como no sea para *acompañar y ayudar a ver claro*. Y en eso, Lilia era especialista³.

★ ★ ★

Este es el tema y la experiencia «familiar»; pero vamos a la explicación que da la Iglesia. Para lo cual hay que explicar tres cosas: La autoridad familiar, la vocación religiosa y la familia y, por último, la libertad de los padres.

I. EL PODER DE LOS PADRES SOBRE EL HIJO

Relación de origen

Cada persona humana tiene tres relaciones de origen de las que dependerá su fin y perfección: Dios, patria y familia. De las tres dependemos en nuestro ser y en nuestras cualidades personales. Y por eso nuestra misión y vocación, nuestro fin, está estrechamente ligado a este triple origen. Una persona nace en una familia, pero su familia se alimenta de una Patria, con un Bien Común, conquistado y mantenido hasta con la sangre de muchos hombres. Pero estrictamente el ser –y por lo tanto el destino– lo da Dios directamente. Por decirlo de otro modo: Dios crea un alma humana a imagen y semejanza suya en un cuerpo hecho a partir de la materia de los esposos y a semejanza suya; esposos que se han

³ *Id.*, 147.

alimentado, formado, educado en sus virtudes en una Patria concreta. Por tanto nace un hijo determinado, enriquecido y, claro, dependiente.

Por eso parte esencial de la vocación de cada uno es el «pagar la deuda». Pero como la deuda mayor es con Dios, luego con la Patria y finalmente con la familia, es que en ese orden debe restituir. Por eso está primero el Primer Mandamiento y luego está el Cuarto en el que se incluye la Patria y los padres.

Hay que entender entonces que la familia es un útero en el que Dios crea individuos y por ella son cualificados. Por lo tanto, hasta que el hijo no tenga libertad la familia tiene poder sobre él⁴. Pero una vez que sea libre tiene que buscar y lograr su perfección: llegar a Dios sirviendo a la Iglesia o a la Patria y a la familia.

Liberalismo

Además de la dificultad en sí de esa verdad esencial del hombre, se agrega la dificultad del liberalismo.

Básicamente el liberalismo proclama una falsa libertad; por hacerla absoluta, independiente y autónoma. Propone liberación de Dios –con el ideal de *libertad*–, de la Patria –con la *igualdad*– y de la familia –con la *fraternidad*–.

En el tema que nos ocupa, el liberalismo influye en «liberarnos» de nuestras obligaciones religiosas y familiares. Por eso se cae en un abuso de autoridad forzando a los hijos a hacer lo que parece a sus padres.

⁴ Santo Tomás distingue el caso del hijo cuando tiene uso de razón o no lo tiene, si se puede bautizar sin el consentimiento de sus padres. *S. Th.*, III, q. 68, a. 10.

Bautismo del hijo

Cuando el hijo es Bautizado es entregado a Dios; recibe la Vida divina y por tanto es Hijo de Dios en Cristo. La paternidad y maternidad humanas también se elevan y son divinas; pues su hijo es hijo de Dios.

Hay en el bautismo una muerte y una resurrección; por la que el niño muere a la carne y sus apetitos, y es vivificado por Dios.

II. LA VOCACIÓN RELIGIOSA Y LA FAMILIA

Entonces, cuando el hijo es bautizado, sucede que la Familia tiene una función todavía más subsidiaria. Veamos como lo dice el Magisterio:

Catecismo del Iglesia Católica

2232 Los vínculos familiares, aunque son muy importantes, no son absolutos. A la par que el hijo crece hacia una madurez y autonomía humanas y espirituales, **la vocación singular que viene de Dios** se afirma con más claridad y fuerza. Los padres deben **respetar** esta llamada y **favorecer la respuesta** de sus hijos para seguirla. Es preciso convencerse de que la vocación primera del cristiano es seguir a Jesús: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (*Mt 10,37*).

2233 Hacerse discípulo de Jesús es aceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir: «El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre» (*Mt 12,49*).

Los padres deben acoger y respetar con alegría y acción de gracias el llamamiento del Señor a uno de sus hijos para que le siga en la virginidad por el Reino, en la vida consagrada o en el ministerio sacerdotal.

Y antes, hablando del Matrimonio, había dicho citando la constitución dogmática *Lumen Gentium*, 11:

1656 ... En el seno de la familia, «los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y **han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada**».

La vocación es entonces un llamado interior que trasciende la familia. Es la **Parábola del Sembrador** (*Mt 13,3ss*): los padres preparan la tierra y Dios siembra la semilla de fe y vocación.

Por eso dice el P. Buela citando a Santo Tomás:

Cada vocación es una obra maestra de Dios. El divino orfebre, quien desde la eternidad ha elegido a determinados hombres y mujeres para su servicio, desde mucho tiempo antes de que hubiéramos decidido seguirlo más de cerca, nos va preparando a través de los padres y madres que nos da, de los demás familiares, por la educación, por los dones, los talentos, carácter y temperamento, circunstancias y acontecimientos, etc. La misma decisión vocacional es maravilloso filigranado de la gracia. Los que ignoran, desconocen o niegan que **la vocación a la vida consagrada consiste principalmente en el llamado interior**: «... voces interiores del Espíritu Santo... el impulso de la gracia... por inspiración del Espíritu Santo...» (Santo Tomás, *Contra*

retrahentes), a pesar de toda la propaganda exterior vocacional que puedan hacer, desalentarán, demorarán, trabarán, e incluso, en lo que de ellos dependa, impedirán que los candidatos concreten la vocación. Santo Tomás: «quien detiene el impulso del Espíritu Santo con largas consultas, o ignora o rechaza conscientemente el poder del Espíritu Santo»⁵.

III. LIBERTAD DE LOS PADRES

Es importante también recordar el papel de los padres en esta ayuda a los hijos; que no debe ser posesivo.

Depender de Dios

La libertad es estar desatado de todo y atado a Dios. Por eso cuando los padres se atan a sus hijos dejan de ser libres y de servir a Dios. Dice el Padre Mario Petit de Murat:

[María] no depende de nada, jamás hubo el menor asomo de apego en ella. Ni con su Hijo. «*Mujer, qué hay entre tú y Yo, aún no ha llegado mi hora*». Y nosotros nos imaginamos la sonrisa de la Virgen: «sí, hijo, Tú me perteneces más que en la Redención y para la Redención». Y entonces es cuando el Señor hace el milagro, como por añadidura. Pero vemos claramente, en el momento de la Pasión, que esta Mujer no está apegada a su Hijo. Porque, ¿qué mujer que estuviera dependiendo de lo que su hijo es en el tiempo lo podría ofrecer en esa forma? ¿Cómo iba a poder andar Ella activa, ofreciéndolo –no aceptándolo sino ofreciéndolo–

⁵ C. BUELA, *Jóvenes hacia el tercer milenio*, EDIVE, San Rafael 1998, 201-202 (el resaltado es nuestro).

como el primer sacerdote? Pensemos bien las cosas. En eso de acompañarlo al Calvario hay una intención sacerdotal. Es como cuando Ella tocaba todas las cosas en Nazaret... Ella estaba como en un aprendizaje de todos los ritos supremos; se había pasado la vida ofreciéndolo todo; era como si hubiera estado en un ensayo continuo: «ahora yo ofrezco estas cosas, Señor, parcialmente, y mañana tendré a mi Hijo en mis manos y mi Hijo será Tuyo y no mío». Veis qué lección provechosa para las madres. «Ese Hijo es Tuyo, Señor, no mío». **«Ese Hijo me lo entregaste para una misión de redención, y no es mío nada más que para la Redención»**. Ven cómo está la mentalidad de Caín cuando la madre se repliega sobre su hijo y dice «mi hijo»; **cuando se apodera del hijo, roba ese hijo a Dios**. «Ese hijo es mío y tiene que estar a mi lado», ahí hay un poco lo de Caín⁶, que cuando hizo la primera ciudad no la ofrendó a Dios sino que le puso el nombre de su hijo: Enoch⁷.

Ayudar a los hijos a Discernir y ser fieles a Dios

Ejemplo de María con Cristo: «ocuparse de las cosas del Padre». Estar en familia con Dios⁸.

Por eso se deben ayudar con los medios que la Iglesia ha previsto sabiamente, como es el Menor. Para qué es el Menor: proteger los gérmenes; habituar a la práctica de las virtudes según

⁶ Hace referencia a *Gn* 4,17. «Caín salió de la presencia de Yahveh, y se estableció en el país de Nod, al oriente de Edén. Conoció Caín a su mujer, la cual concibió y dio a luz a Henoc. Estaba construyendo una ciudad, y la llamó Henoc, como el nombre de su hijo».

⁷ M. PETIT DE MURAT, *María, Huerto Cerrado*, Tucumán 2011, 30.

⁸ Ricaldone, cap V.

el sacerdocio y la vida religiosa (educación para los votos); hacer fuerte y arraigada la vocación.

Por eso, **no se debe tentar a Dios**. Si Dios da una gracia a temprana edad no hay que retrasarla: algunos robustecen su vocación en el mundo y Dios usa muchas tentaciones y dificultades; pero es extraordinario. Si el chico lo ve antes y Dios le pide que entre, entonces que no entre es tentar a Dios, es pedir gracias extraordinarias.

CONCLUSIÓN

Recordemos que si no nos disponemos bien podemos causar el **Silencio de Dios**.

Por eso tenemos que tener la disposición de la Madre de los 7 macabeos:

2Mac 7,20-23: Admirable de todo punto y digna de glorioso recuerdo fue aquella madre que, al ver morir a sus siete hijos en el espacio de un solo día, sufría con valor porque tenía la esperanza puesta en el Señor. Animaba a cada uno de ellos en su lenguaje patrio y, llena de generosos sentimientos y estimulando con ardor varonil sus reflexiones de mujer, les decía: «Yo no sé cómo aparecisteis en mis entrañas, ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida, ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno. Pues así el Creador del mundo, el que modeló al hombre en su nacimiento y proyectó el origen de todas las cosas, os devolverá el espíritu y la vida con misericordia, porque ahora no miráis por vosotros mismos a causa de sus leyes».